



TEMAS DE CRÍTICA Y ENSAYO

Del idealismo en el hombre

Mucho se ha hablado y se habla de «hombres idealistas» y «hombres materialistas», en el sentido de que mientras los primeros son poseedores de ideales, los segundos carecen de esta virtud, estando su vida determinada por móviles utilitarios y sensitivos. Ante esta apreciación, nos atrevemos a asegurar, a lo menos jamás hemos tenido ocasión de conocerlo, que no existe el «hombre materialista». No hay individuos materialistas ya que una de las características específicas de la personalidad humana, es el idealismo, quitado este, quedaríamos reducidos a simples brutos, nuestra razón y entendimiento y todas las demás facultades del alma no tendrían motivos para existir; por esto creemos, al igual que Descartes creía de la razón, que el idealismo se dá por igual en todos los hombres y la única diferencia que en este respecto entre ellos existe, no es una diferencia de cantidad, sino de posición, ya que no todos ponen su cantidad específica y constante de idealismo, en puntos de igual elevación.

Inspeccionemos el modo de obrar de la persona menos idealista, de aquella que cuando se le pregunta por sus ideales, previa una sonrisa socarrona, responde de una manera gráfica, desabrochándose la americana y señalándote con la mano en el bolsillo interior, de ella se predica con notoria injusticia que lo haría todo por dinero, ¿es cierto que este individuo lo haría todo por dinero?, evidentemente no; podrá ponernos por caso, estar dispuesto a vender su alma por dinero, su mujer por dinero, esclavizar o mirar indiferentemente como se mueren sus semejantes de hambre por dinero, ya que estas cosas no serán para él ningún ideal, pero siempre encontraremos algo, que, sin ser en perjuicio material suyo, no se prestará a hacer por dinero, por ejemplo, salir todos los días con el gabán puesto al revés, hacerse pasar por alienado ante sus semejantes, no utilizar las sillas sentándose siempre en el suelo y toda una serie de cosas que, a falta de otra ambición espiritual, las tiene él como ideales.

Por lo tanto, el ideal, como atributo de la naturaleza humana, se dá por igual en todos los hombres, solamente que unos dándose perfectamente cuenta de su naturaleza específicamente idealista, lo emplean de la mejor manera y con el máximo respeto, mientras que otros lo niegan y desaprovechan, dejándolo en puntos inferiores de la escala de los valores, o sea, los primeros son conscientes de su idealismo y los segundos, como si este les molestara, lo niegan o están convencidos que no lo tienen, es decir, son idealistas como hombres, pero inconscientemente.

Alguien ha dicho que el ideal es una cosa nociva que adormece y envenena; no tenemos ninguna dificultad en concederles la razón, pero el ideal que adormece y envenena es el ideal de los idealistas inconscientes, el ideal bajo que, por ser fácilmente alcanzable, se titula «no descabellado», por ejemplo: aquel que su ideal sea llegar a la santidad, cosa difícil, no sólo no será bajo ningún concepto perjudicial para su patria ni sus semejantes, sino que aún que no alcance lo que él ambiciona, realizará infinitad de acciones beneficiosas para la humanidad, en cambio, aquél cuya ambición ideal sea ser elegante, se ocasionará infinitad de males personales, caerá en el ridículo y será una persona estéril para otras cuestiones más trascendentes, ocasionando con esto un daño visible a la sociedad.

Son los ideales «razonables» que sin el nombre de ideales tienen los idealistas inconscientes, los perjudiciales para la humanidad. Los ideales «descabellados» siempre han dado frutos aprovechables y lo que es más, los que han movido toda la Historia en sus momentos de máxima grandeza y esplendor.

El hombre es por lo tanto idealista por naturaleza, soñador por naturaleza, pero entre dos soñadores siempre es preferible el que tiene unos sueños más apacibles y bellos, a lo menos yo estaría mucho más dispuesto a compartir mi cama con un individuo que soñara arcángeles que no con otro que soñara con nidos de culebras; por lo tanto hagamos que nuestro ideal, que nuestro sueño, sea elevado, ya que de este modo al mismo tiempo que seremos árboles que daremos frutos para la Historia o para nuestros semejantes, excluirémos de nosotros, por incompatibilidad, todos los otros móviles bajos y rastreros o cuando no, sencillamente, estériles y ridículos.

Al llegar a este punto estoy convencido de que algunos se sonreirán, pero yo les pregunto ¿Es que cuando dirigimos nuestra vista a las estrellas perdemos la noción de la tierra en que estamos sumidos? ¿Es que acaso el tener grandes ideales nos hace perder el sentido de lo práctico? No, San Ignacio, pongamos por caso, fué un gran soñador de alturas y no obstante supo fundar, en el orden práctico, la magnífica institución que había de llevar a cabo, con éxito, su idea; Cristóbal Colón, gran idealista, supo también en el terreno práctico conducir sus naves al Nuevo Mundo; y así la Historia y la Biografía nos presentan la serie infinita de casos en que el ideal y lo práctico no se excluyen.

La posición del hombre que deja marcadas las huellas, más o menos profundamente, según su capacidad, de su paso por el mundo, consiste en mirar al cielo sin olvidarse de la tierra, con sus leyes naturales inquebrantables.

Miremos los horizontes del ideal, pero para que el vértigo no se apodere de nosotros, no apartemos nuestra mano de la barandilla de nuestro mirador, ya que de este modo compensándose lo amplio del ideal, con lo concreto de la situación de cada momento, se producirá el equilibrio dentro de nosotros que, cual flechas lanzadas por tenso arco y buen arquero, correremos rápidos y seguros hacia el blanco de nuestros ensueños. — Claudio COLOMER MARQUÉS

Canción del frágil momento

¡Ay, tus ojos infantiles!
— Mi niña, mi niña clara —
¡Qué fragancias de jazmines
esta mañana!

Ay, mis ojos van heridos
— mi niña, mi niña clara —
de tus labios encendidos,
esta mañana.

Mil paisajes coloridos
— mi niña, mi niña clara —
me embriagan los sentidos
esta mañana.

Tengo el alma entre la espera
— mi niña, mi niña clara —
de una inmensa primavera,
esta mañana.

Siempre igual que esta mañana
— mi niña, mi niña clara —
dame tu sonrisa grana,
¡niña del alma!

Jaime LLACUNA

¿POR QUÉ?

Oh diosa soberana, ¿Qué me has dado
que por tí estoy sufriendo que no vivo,
y me tienes de tus gracias cautivo
sin saber si en tu alma habré morado?

¿Qué hiciste que en mi alma has usurpado
el puesto de la madre y del amigo,
y solamente a tí veo y bendigo
sin saberme acogido o repudiado?

Háblame claro, sí, por que mi alma
se muere por tu amor y por tus ojos
que son tan dulces, suaves y hechiceros.

Dime tú a mí, por qué robas mi calma,
y explícame por qué me causa enojos
el ver que a otros te das si no te quiero.

Francisco - Emilio GARCIA